

coronel Massy, que ha vivido muchos años en la parte más pobre de la Turquía Asiática y en el Asia Menor, dice que el cáncer es desconocido entre esos pueblos.

Una eminencia médica británica, sir William Arbuthnot Lane, ha recogido estos datos y los resultados de su propia experiencia, para alzarse contra la propensión a llamar al cirujano para estas enfermedades. El camino no consiste en inventar nuevas operaciones, sino en prevenir las enfermedades. Sir William cree que es el exceso de comida lo que produce el cáncer, debido a que un estado crónico de constipación origina irritantes que actúan en diversas partes del cuerpo, y especialmente en el pecho. La salvación consiste en renunciar a una alimentación excesiva y contentarnos con la comida de un cartujo o de los pueblos primitivos.

De lo contrario se llegará a un estado de cosas en que todas las mujeres, al llegar a la edad de treinta y cinco o cuarenta años, tendrían que someterse, como medida de precaución, a la extirpación de sus órganos reproductivos, como particularmente expuestos al cáncer, y también entonces habría que pensar en la manera de extirpar a los hombres órganos equivalentes, si es que los tuvieren.

El dilema nos lo plantea una de las eminencias médicas del mundo: «O ascetas o cancerosos». O renunciamos a los placeres de la buena mesa, o el cáncer se nos come. Todas las guerras, incluso la social, tienen por objeto capacitar a los hombres para darse a diario una vida de gran hotel. Ya hay millones de gentes en el mundo que pueden darse el gusto de comer a diario tres o cuatro veces más de lo que realmente necesitan. La casi totalidad de nuestras clases medias se encuentra en este caso. El ideal de cada pueblo es ser tan rico como el de los Estados Unidos. Ved ahora a donde conduce ese ideal. De todas las enfermedades no hay ninguna más dolorosa, más horrible, más odiosa que el cáncer.

¿Y no hay, acaso, una retribución cruelmente justiciera, fantásticamente merecida, en esta perspectiva del cáncer, al final del camino que han emprendido los pueblos modernos? El cáncer no es otra cosa que una sedición, un amotinamiento, una secesión de unas células nuestras, que se lanzan a vivir por su cuenta, sin atenerse al respeto debido a los órganos superiores. Es una huelga general, un pronunciamiento, una afirmación de autonomía. Científicamente dicho, una reversión a un tipo primitivo de multiplicación y de existencia. Algo que debiera ser un pedazo de nuestro organismo y que se niega a servirnos de órgano para afirmar su personalidad,

alzándose contra nosotros como Prometeo contra Júpiter, o como Lucifer contra Jehová, y convirtiéndose en una ley para sí mismo.

Es lo mismo que hace la nación moderna cuando somete el interés universal a su propio interés, lo mismo que se hace al proclamar el reino de la lucha de clases, lo mismo que se hizo al cifrar el ideal en que cada uno viva

su vida como quiera o se busque libremente la felicidad, como dice la Constitución norteamericana. Lo que hacemos contra el orden universal nosotros los hombres, eso mismo hacen contra nosotros en los cánceres nuestras celdillas insubordinadas.

RAMIRO DE MAEZTU.

(El Sol, Madrid).

## El porvenir del "Times"

UN periódico no es una industria como otra cualquiera, sino que lleva consigo un poder que trasciende sus transacciones económicas. Ha de ser también una Empresa, y si no logra cubrir gastos, su porvenir es inseguro; pero, además, ejerce una influencia que origina su poder extra-económico. Esta es la razón de que los periódicos serán siempre codiciados, y tanto más codiciados cuanto mayor sea su prestigio.

Del reconocimiento de estos principios parte Mr. Astor, que es actualmente el mayor accionista del «Times», para revelar la decisión que ha adoptado a fin de impedir que en lo futuro pueda convertirse el gran periódico londinense en mero instrumento de las ambiciones de la persona que consiga adueñarse de la mayoría de sus acciones. Se trata, en suma, de evitar que otro lord Northcliffe se apropie del periódico. Sabido es que el famoso fundador del «Daily Mail» consiguió en los últimos años de su vida adueñarse de la mayor parte de las acciones del «Times». Durante los primeros años dejó que el «Times» siguiera siendo fiel a sus tradiciones de equilibrio e imparcialidad, dentro de su política conservadora. Pero en los últimos tiempos, quizás cuando lord Northcliffe estaba ya loco, «The Times» se convirtió en lo que pudo llamar Mr. Lloyd George «la edición a tres peniques del «Daily Mail». Al morir lord Northcliffe tuvo Mr. John Walter una opción condicional a comprar las acciones del muerto, y fué Mr. Astor quien ejerció esa opción, con beneplácito de Mr. Walter.

Lo que va a hacer Mr. Astor para evitar que «The Times» pueda caer en lo futuro en las manos de otro lord Northcliffe es instituir, de acuerdo con Mr. Walter, un Comité de personas, elegidas entre las que ocupan las posiciones más elevadas de la Gran Bretaña, a las que se otorgará el poder de evitar que nadie pueda adquirir un

interés preponderante en el periódico sin su aprobación. Estas personas, entre las cuales figurarán probablemente el «speaker» de la Cámara de los Comunes, el canciller de Justicia y el arzobispo de Canterbury, no ejercerán otro derecho que el del veto, en caso de que las acciones del periódico sean lanzadas al mercado. Ello no sería improbable si el periódico se llevase tan costosa y lujosamente como en los tiempos de lord Northcliffe, aunque la contingencia no sea inmediata, mientras estén las más de las acciones del periódico en manos de hombre tan lleno de espíritu público como el que revela la decisión de Mr. Astor.

Esta decisión contribuirá a llamar la atención acerca de la singular condición de los periódicos, que siendo empresas industriales, ejercen una acción que rebasa con mucho el mero radio económico. Algún día vendrá en que apenas se comprenderá un estado de cosas por el que la Prensa de un país como Inglaterra podía caer en manos de un hombre como lord Northcliffe, que era genio de la economía de los periódicos, pero que carecía de la cultura necesaria para darse cuenta de su trascendencia, y que al sentir su inmenso poder fué víctima de su manía de grandeza, que es el destino que los franceses atribuyen a los «primarios» con suerte, o sea los afortunados de la vida que sólo han recibido la educación primaria.

Tampoco se comprenderá el hecho de que no se hubiesen tomado las precauciones debidas para que la propiedad de los periódicos pudiese caer en manos de personas sin escrúpulos o de agentes extranjeros enemigos del propio país. Las gentes se asombrarán al enterarse de que las leyes trataban a los periódicos como si fuesen una industria cualquiera. La ejemplar resolución de Mr. Astor sirve para recordar a todos que los periódicos son también un valor espiritual y que es interés grande de los pueblos el buscar la manera de que ese valor pueda mantenerse inmaculado.

(El Sol, Madrid).

Lea el REPERTORIO y recoméndelo a sus amigos.